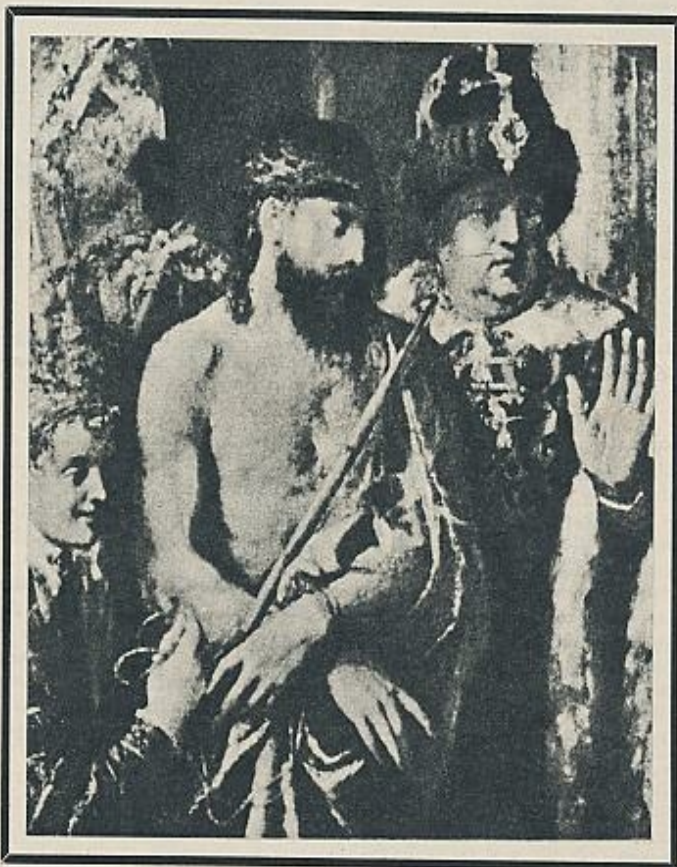


EL CONTEXTO POLITICO DE LA MUERTE DE CRISTO

DESDE el punto de vista histórico-crítico, el relato del proceso, padecimientos y muerte de Jesús se nos revela como el más antiguo y mejor establecido entre todos los relatos evangélicos. Cualquiera que sea el método crítico que se escoja para la interrogación casi policial de los cuatro evangelistas nos lleva a la conclusión de que es en este relato en el que Marcos, Lucas, Mateo y Juan muestran menos diferencias, y que éstas son incluso perfectamente conciliables sin forzar nada, que sirven puramente para integrar la narración de un hecho central, visto desde distintos ángulos mentales o teológicos, es decir, desde la individualidad, las circunstancias y la documentación de cada uno de los escritos sagrados. Las últimas investigaciones no nos permiten dudas científicas respecto a la historicidad de los acontecimientos narrados y podemos comprobar muy bien hasta qué punto los ciclos mitológicos o sostenedores de la tesis de que la vida y muerte de Jesús eran un puro mito o construcción teológica, fueron víctimas de su propio dogma mitológico o los racionalistas a ultranza de todas las contradicciones del racionalismo y del positivismo histórico. Con la convicción humilde, pero absoluta, de que la historia es vida y de que, en ésta, no hay nunca una «lógica de los acontecimientos», con un sentido muy vivo de la vividura histórica de una época y de la manera en que esa vividura compromete a quienes la narran y a nosotros mismos, sin prejuicios de ninguna clase y con la aceptación, hoy unánime, de que los escritos evangélicos no son libros históricos en el sentido moderno de la palabra, sino teológicos, pero vinculados a la historia de la manera profunda que hoy nos han desvelado, por ejemplo, la filosofía existencial o incluso la crítica marxiana; podemos acercarnos con toda lealtad a este proceso y muerte de Jesús de una manera muy libre.

Lo que no quiere decir definitivamente, sin embargo, y no sólo porque pueden realizarse hallazgos de nuevos documentos o restos arqueológicos que iluminen nuestro conocimiento del tiempo de Jesús o incluso de su propia historia, sino porque también hoy, como en todo



«Cristo mostrado al pueblo»,
cuadro de Tiziano.

tiempo, nuestra visión de Jesús está teñida de nuestras propias ideas y sentimientos. Hay, efectivamente, un Jesús de los primeros cristianos y un Jesús de la patrística. Un Jesús del primer tiempo de la convivencia hostil con el Estado romano y un Jesús del constantinismo. Un Jesús del románico, del gótico y del Renacimiento. Un Jesús de la Ilustración y un Jesús del romanticismo o del protestantismo liberal. Un Jesús moderno de trazos «cheguevaristas» y un Jesús «hippy». Un Jesús de nuestros abuelos hidalgos del XVII, que debía probar la limpieza de su sangre de toda mancha judaica y morisca o de dedicación a los bajos

oficios, un Jesús decimonónico, del tiempo de la restauración católica del siglo pasado, que debía mostrar también que «era de muy buena familia por parte de madre», como aseguraba todo un arzobispo de París, y un Jesús proletario o anárquico, que el pueblo alzaba en sus levantamientos y que gustaba de oponer, en su pobreza, a la magnificencia de sus representantes. ¿Cómo nuestra visión de Jesús escaparía a estos condicionamientos históricos? Pero precisamente porque desconfiamos de nosotros mismos, quizá podamos mirar con mayor pureza, exactamente como en el plano crítico no dudamos en poner todo en cuarentena, sin con-

cluir, sin embargo, como hicieron los racionalistas, que lo que no sabemos o no nos explicamos es simplemente ahistórico.

Un problema de fechas

El primer problema que plantea el relato de la pasión y muerte de Jesús es un problema de fechas, porque nos llama evidentemente la atención que los sinópticos —los evangelios de Marcos, Lucas y Mateo— acumulen excesivamente los acontecimientos en menos de veinticuatro horas, mientras Juan pone un lapso de tiempo de seis días entre la unción de Jesús en Betania y la traición de Judas y la celebración de la Cena. Una moderna documentación nos ha hecho comprender, sin embargo, que tal contradicción es sólo aparente porque nace de un diferente cálculo de la fecha de celebración de la Pascua con arreglo a un calendario diferente, y, teniendo esto en cuenta, según Arthur Nisim, la cronología de los acontecimientos podría fijarse de esta manera: «La unción de Betania (con la traición de Judas) acontece el domingo por la noche, primer día de la semana judía (o el lunes durante el día). La Cena tiene lugar el martes al atardecer (comienzo del miércoles judío) y la misma noche se llevará a efecto la prisión. El proceso ante el Sanedrín se desarrollará el miércoles. El veredicto es pronunciado el jueves por la mañana (lo cual está de acuerdo con nuestros conocimientos del Derecho judío) y va seguido por el proceso ante Pilato. Y el viernes se sitúa la condenación a muerte, la crucifixión a la hora de tercia (contradictoria a la datación habitual), y la muerte, seis horas después (cosa que resulta más normal que después de tres horas)».

La Semana Santa, pues, no solamente es una conmemoración ritual o litúrgica, sino una viejísima tradición que, como cada vez comprobamos con mayor documentación, corresponde a una realidad histórica escalonada a través de ella: el procesamiento, prisión, muerte y resurrección de Jesús, por un lado, y el exacerbamiento de los problemas políticos y religiosos o el temor a un estallido agudo de los mismos desde el punto de vista de los dirigentes judíos.



Vista actual de Jerusalén:
Mezquita de Omar, sobre la explanada del templo,
y el Muro de las Lamentaciones.

La cuestión político-religiosa

Según la cronología que se acaba de señalar, bien el domingo por la noche, bien el lunes durante el día, Judas Iscariote, uno de los doce discípulos de Jesús, acudiría a los príncipes de los sacerdotes, es decir, a la aristocracia y la élite gobernante de la teocracia judía, para entregarles a Jesús, al que esa élite ya había decidido eliminar desde hacía algunas semanas atrás, pero al que desea detener «con engaño», como dice Marcos, esto es, sin llamar excesivamente la atención del pueblo, porque de otro modo quizá surgiese algún alboroto.

Los críticos racionalistas y mitólogos (Guinebert y Loisy, en este caso) no entendían o no querían entender estas prudencias políticas del Sanedrín, y daban como pura invención la traición de Judas, porque ninguna necesidad habría tenido la autoridad de esta traición para detener a Jesús. Judas mismo era entendido como un puro mito, símbolo de la maldad humana, personificación moral de ésta o del judeísmo incrédulo. Pero la crítica ulterior no ve motivo alguno para no centrarse sobre la historicidad de los hechos y solamente trata de entenderlos en el marco muy complejo de aquella sociedad:

A) Una sociedad que, por lo pronto, es teocrática y sacral y en la que, por lo tanto, no hay diferencia alguna entre política y religión, pensamiento y religión, ética y religión, vida cotidiana y religión, ámbito religioso y profano.

Todo, hasta el gesto más pequeño, puede tener en ella una repercusión dramática y sacral.

B) Una sociedad humillada y oprimida en su orgullo, pues es la de un país ocupado por otro país extranjero, que pisotea con frecuencia sus tradiciones y coloniza espiritualmente, o por lo menos hace un lugar para otras tradiciones espirituales que no son las judías. Esta simple tolerancia resultaba a los ojos judíos tan odiosa como el desprecio de los funcionarios romanos hacia sus personas, o más.

C) Una sociedad rigidamente piramidal y dividida en castas, pero, por eso mismo y a pesar de la sanción histórica religiosa y legal que daba estabilidad a esas castas, enfrentada consigo misma: atentados, guerrilla, bandidaje, miseria, represión, etc.

En la cima de la pirámide están los judíos romanizados, que aceptan con convicción y lealtad el poder establecido, esto es: la ocupación romana. Juegan un importante papel cultural, introduciendo ideas occidentales en la misma religión judía, pero, sobre todo, juegan un decisivo papel político. Son admitidos en la sociedad romana, establecen alianzas con la aristocracia y son los enemigos más odiados del pequeño pueblo judío, agitado por una marea de revolución político-religiosa de signo nacionalista. En realidad, estos judíos son puras marionetas en manos romanas, que, enfrentando así a las capas superiores y a las inferiores de la sociedad judía,

logran un cierto equilibrio y mantienen a toda la sociedad judía en un puño, pero, a la vez, esos judíos significan un importante peso político en el imperio y tienen un tren de vida privilegiado.

El partido en el poder es el de los saduceos. Está compuesto por la aristocracia terrateniente y sus miembros están emparentados con la élite de los sacerdotes que gobiernan el país y gozan de exorbitantes privilegios: las «primicias» o primeros frutos de la tierra y de los animales, e incluso el primer nacido de un matrimonio debe serles ofrecido y luego rescatado por «cinco siclos», los «diezmos» o décima parte de los productos de esa misma tierra y de los rebaños, el impuesto para el sostenimiento del templo, etc. No reconocen otra autoridad que la Escritura, interpretada desde un punto de vista fundamentalista y materialista, y su conservadurismo a ultranza les convierte en inmovilizados aliados del Imperio, que les garantiza tales privilegios. No creen en la inmortalidad, pero tampoco esperan en realidad al Mesías, y la llegada o los rumores sobre la llegada de este Liberador no les resultan nada agradables, porque ese Liberador significaría su pérdida.

El partido fariseo es un partido burgués de grandes agricultores, industriales y comerciantes. Con frecuencia se trata de nuevos ricos con una instrucción religiosa basada sobre la ley y legalistas a ultranza que se muestran orgulloosamente puritanos. Se consideran justos a sí mismos, por su vida

**JOSE
JIMENEZ
LOZANO**

austera y simple, e inspiran una cierta simpatía al pueblo, cuando éste piensa en las grandes orgías de los saduceos y en sus riquezas obtenidas sin sudor. Son amantes del orden, pero les repugnan los romanos, y seis mil de ellos se negarán a prestar juramento de fidelidad a Herodes, precisamente por el romanismo de éste, pero no se atreven a enfrentarse a los romanos. Ante la predicación de Jesús se sienten irritados y aterrados: el Dios que predica Jesús es justo en el sentido de la ley, y toda la vida cristiana es una perpetua lucha y una perpetua duda, y duda y lucha son, para estos conservadores, los equivalentes de la subversión. El Mesías tendría que ser un jefe político y un judío legalista perfectamente ortodoxo. Jesús no encajaba en este esquema, evidentemente.

Los zelotas, en fin, era el partido popular nacionalista: esperaba el gran día de la liberación de Israel, pero creía que estaba en su mano el hacerlo amanecer mediante la rebelión y la espada. A su ala izquierda se les llamaba «los sicarios», porque muchos de ellos llevaban bajo su túnica una «sica», un puñal, pronto a ser dirigido contra un romano o un judío rico y complaciente con los ocupantes.

Los esenios, más que partido religioso-político, eran una comunidad de tipo religioso, cuya razón de vida era la de servir a Dios en la oración, en la fraternidad y en la coparticipación de la propiedad más absoluta. Sus miembros eran sustancialmente de origen popular, pero también había entre ellos aristócratas y burgueses y el origen no contaba para nada una vez dedicados a ese género de vida. Eran una comunidad religiosa, pero su espíritu fue compartido por los judíos que no tenían partido alguno y que estaban decepcionados de la política o rechazaban por principio la violencia zelota.

Sobre esta sociedad estaba el aparato del poder romano, suspicaz y vigilante, intranquilo y acostumbrado a resolver las situaciones mediante la oposición de las clases sociales judías, unas contra otras, la corrupción y la dureza represiva. Poncio Pilato, el procurador en el momento del proceso de Jesús, tiene, además, muchas razones para no mostrarse liberal con Jesús frente al César y para no disgustar a los judíos romanizados y

EL CONTEXTO POLITICO DE LA MUERTE DE CRISTO

poderosos, que pueden ir diciendo al César que él es débil con los intereses del César o blando con las subversiones: Sejano, su protector, y toda la camarilla de Sejano, a la que el propio Pilato pertenece, ha caído en desgracia.

En estas circunstancias de tensión político-social y religiosa Jesús es acusado de subversión y blasfemia ante el Sanedrín, controlado por los saduceos y la clase sacerdotal, y ante Pilatos. Ya estaba condenado cuando se le llevó ante estos Tribunales y sólo se buscó que el asesinato fuese todo lo legal posible. Por parte del Sanedrín, claro está, porque Pilato no tenía opción. Sólo la de ironizar y lanzar su desprecio contra aquellos aristócratas y clérigos fanáticos judíos, escribiendo sobre la cruz de Jesús: «Rey de los judíos», o dándoles a escoger entre este Jesús y Barrabás.

Pero, a todo esto, ¿por qué Judas traicionaría a su maestro? La cuestión ha sido debatida hasta el fondo y se ha proporcionado toda clase de explicaciones, entre las que, sin embargo, priman dos: 1) Judas sería un zelota que, exasperado del desinterés político de Jesús y decepcionado por el carácter religioso de una liberación del pecado que él había creído que sería una liberación político-social, lo habría entregado a sus enemigos como se entrega a la muerte a un desviacionista de la intransigencia revolucionaria en una organización de este tipo. 2) Judas sería un judío tradicional e integrista a quien las palabras de Jesús a propósito del templo (1), unos días antes de la Pascua, debieron de parecer blasfemias, así que el amigo y discípulo, con todo el dolor de su corazón, pero en perfecta lógica integrista y fanática, entrega al Maestro a las autoridades religiosas para que castiguen tamaña blasfemia y atrevimiento. Esto explicaría que luego se suicidase: asustado de lo que se ha hecho con su Maestro y de ser él el causante de ello, pero de no haber podido dejar de serlo, sin embargo.

Estas dos explicaciones gozan hoy de preferencia, pero sobre todo la última, que permite ser apoyada de varias maneras —por ejemplo, las palabras de Jesús sobre el templo, que le fueron reprochadas en el proceso (2), habían sido declaradas por Judas o quizá constituyeron la base de su acusación cuando fue a tratar con los príncipes de los sacerdotes— y parece más lógica dentro del contexto, mientras que nunca Judas pudo hacerse ilusiones políticas sobre su Maestro, que había mostrado un tal desprecio y hasta iro-

nia por las cuestiones políticas y que cuando llegó la hora de su procesamiento, y aun sabiendo que sólo hacía que apretarse más la soga al cuello, proclamó la superioridad de Dios sobre todos los Césares y poderes de este mundo: imperdonable blasfemia.

Desde un punto de vista puramente psicológico, Wilhem Reich ha dado una interpretación de este tipo de Judas realmente extraordinaria, como, por lo demás, también ha caracterizado con igual agudeza esas vivencias, esos abandonos, esas complacencias humanas y esas circunstancias que llavan inexorablemente al asesinato de Cristo. Judas se habría dicho a sí mismo, pero como dialogando con Jesús, para justificar su traición: «Si tú eres el Hijo de Dios, ¿por qué no aplastas al enemigo que ofende mi honor nacional? ¿Por qué no haces temblar de placer mi corazón a la vista de un millar de soldados del Emperador (de Roma), cayendo bajo el golpe de tu mano armada de una espada resplandeciente? El paraíso ha sido cerrado para siempre para mí, y paso por la vida como un viajero errante, sin finalidad, sin utilidad, sin amor: la espada, el fuego y la muerte son mi único consuelo. Mi Dios es un Dios de venganza y de apaleamiento. Si eres el Hijo de Dios, ¿por qué no actúas como el Hijo de mi Dios? El amor no es de este mundo y no lo será jamás... Cristo deberá probar, y probará, que es Hijo de Dios. Se salvará a sí mismo. En el último extremo llevará a cabo el gran milagro que me dará esa fe de la que tengo gran necesidad».

Por qué murió Jesús

Jesús, pues, murió por un «quid pro quo» político-religioso, como uno más de aquellos judíos subversivos que tanto intrigaban a los romanos y a las clases acomodadas judías, pero sus discípulos mismos se dieron cuenta, en la misma atroz tarde del viernes, en que su Maestro había muerto hasta como abandonado de Dios, de que esa muerte les cuestionaba en relación con Dios y con la venida de su Reino, que Jesús había estimado próxima. Veinte siglos después, la conmemoración, ya un tanto desvaída en nuestro mundo, de la muerte de Jesús sigue cuestionándonos en el mismo profundo sentido religioso aun fuera de las Iglesias cristianas y aunque nuestra respuesta pueda ser negativa. Pero nadie podrá quedar indiferente, porque Él fue quien sustrajo al hombre al destino de los dioses y de los viejos ciclos mágicos y le otorgó su dignidad y su libertad y, mientras el hombre sea hombre, esto al menos no podrá serle indiferente: esa esperanza de cumplirse que Jesús le afirmó y le sigue afirmando.

■ J. J. L.

FEIFFER

AMANECIÓ



EL CIELO TENÍA UN COLOR CHOCOLATE



EL MAR ESTABA NEGRO



EL AIRE, GRIS



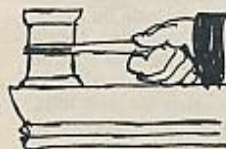
ENTRÉ EN UNA IGLESIA Y PEDÍ EN MIS ORACIONES POR EL FIN DE LA TECNOLOGÍA



LA POLICÍA IRRUMPIÓ EN EL TEMPLO Y ME DETUVO



SE ME ACUSA DE CONSPIRAR PARA SOBREVIVIR



ORO JOS. FEIFFER 3-9

(1) «Al salir del templo, dijo uno de los discípulos: «Maestro, mira qué piedras y qué construcciones». Y Jesús le dijo: «¿Ves estas grandes construcciones? No quedará aquí piedra sobre piedra que no sea destruida». (Marcos XIII, 1-2.)

(2) Marcos XIV, 58.